



## CINCO PASOS TRAS LAS LUCES DE HÉRCULES

Jesús Salvador Giner

jsginer@gmail.com

*Tumbado, a finales de septiembre. La cara mira hacia el infinito. El cuerpo descansa. La mente vuela.  
Hércules corre por encima de nuestras cabezas.*

Tumbado, a finales de septiembre. La cara mira hacia el infinito. El cuerpo descansa. La mente vuela.

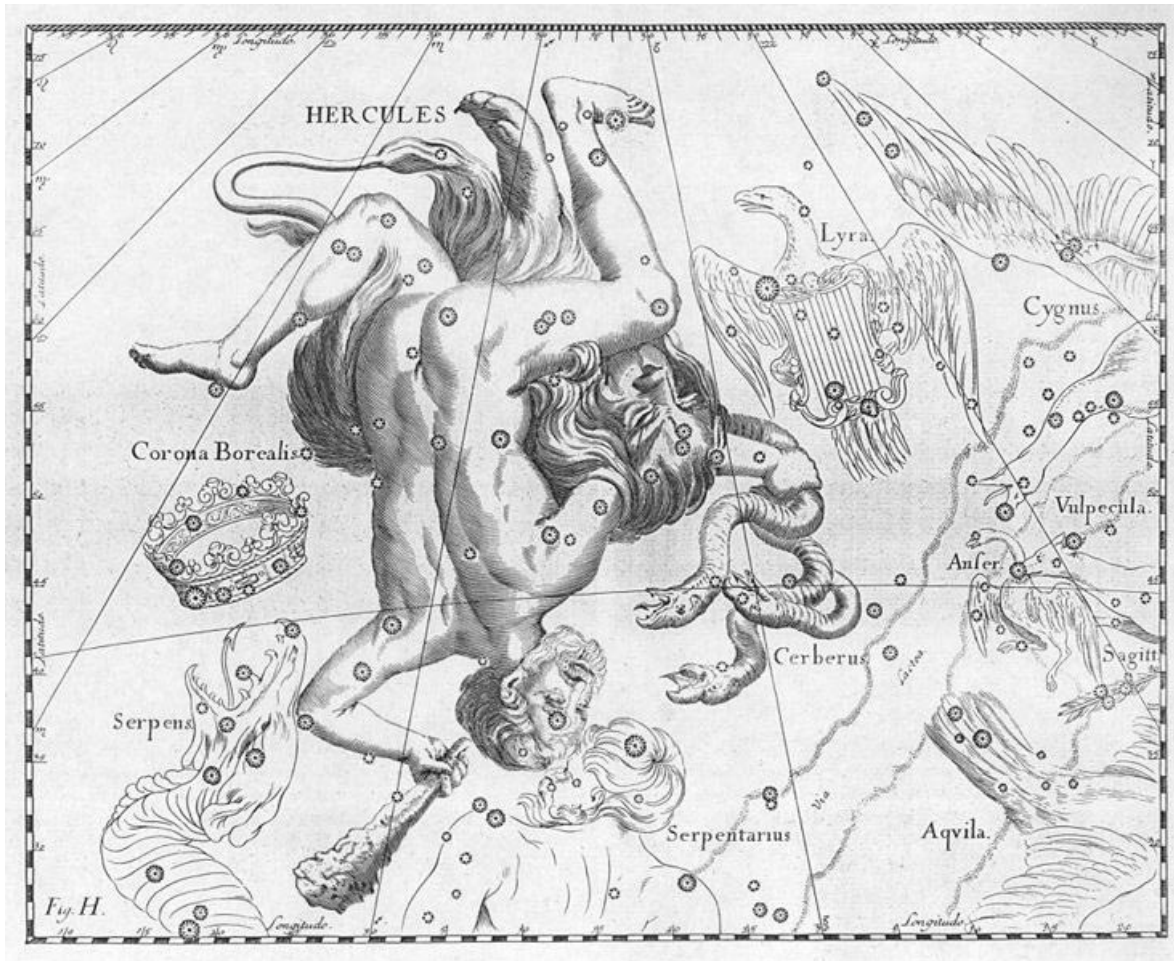
Hércules corre por encima de nuestras cabezas. Está, en la imaginería astronómica, arrodillado ante Ofiuco (el Serpentario), sosteniendo con las manos un mazo y una rama repleta de frutos. Prosigue sus heroicos trabajos, aunque en el firmamento sus miembros parezcan estáticos y su iniciativa vencida por el tiempo y las distancias.

Ahora damos un segundo paso, el primero hacia fuera (es decir, hacia dentro) del Cosmos. Vemos cuatro estrellas (algo débiles todas ellas) que configuran un trapecio central en la constelación hercúlea. Representan el abdomen del personaje, de cuyos vórtices parecen partir otras tantas espirales estelares (que simbolizan las tres extremidades y el cuello y cabeza de aquel). Con un poco de imaginación, y si la noche no muere extinguida por las luces que no deberían brillar, podemos formarnos una buena imagen de nuestro amigo de las alturas. Un brazo en alto, en posición de ataque, una pierna apoyada en el suelo, al igual que la otra, y otro brazo más, y ya vemos (concebimos, sentimos, vivimos...) su presencia celestial. Las estrellas que dibujan al titánico ser se hallan a un paso de nosotros. Entramos en el escenario, y contemplamos la escena y a los personajes...

Ahora otro paso más. Dejamos atrás astros cercanos. En una de las líneas que unen dos estrellas del trapecio se esconde un objeto muy famoso, distinguido con feos nombres (M 13 o NGC 6205). Se trata de un hervidero de estrellas viejas, lo que los entendidos llaman

un *cúmulo globular*. El enjambre está lejos: tanto que podríamos contar por cada segundo cada kilómetro que nos separa de él y necesitaríamos algo así como mil millones de vidas humanas para terminar el recuento... Se supone que hay cerca de un millón de estrellas alojadas allí en plena armonía gravitatoria. Tan apiñadas están unas con otras que, de haber planetas alrededor de algunas, sus cielos nocturnos nunca llegarían a ser tales y mostrarían, por el contrario, multitud de luminarias apelotonadas, luchando por brillar más que sus semejantes. Sería todo un espectáculo: un sol radiante y docenas (o centenares) de otros brillando a su lado tanto como la Luna llena. Lo que daría por estar allí alguna vez...

El tercer paso nos adentra ya en lo inconmensurable. El glóbulo de estrellas marca el límite de nuestro entorno galáctico, las afueras de una vasta Vía Láctea y su frontera con otras islas de astros. Cerca de M 13 hay una de ellas (NGC 6207), de aspecto alargado y difuminado, ya inaccesible a la visión humana sin auxilio instrumental. Es una isla portentosa, aunque no sea más que una mancha de luz apenas perceptible: contiene centenares de miles de millones de estrellas. Es tan ancha que para recorrerla de punta a punta a la velocidad de un F-16 necesitaríamos un millón de millones de años (casi cien veces el tiempo de vida del propio Universo...). Sus brazos espirales, dispuestos de forma semejante a los de la constelación que la contiene, albergan miles de millones de planetas, algunos recién nacidos, otros próximos a la destrucción. Qué seres, o qué cosas, se arremolinan allí, junto las masas de helio e hidrógeno y los atascos de polvo, es algo que probablemente nunca sabremos. Si



(IMAGEN: LA CONSTELACIÓN DE HÉRCULES, SEGÚN JOHANNES HEVELIUS Y SU FIRMAMENTUM SOBIESCIANUM, DE 1690)

pudiéramos acercarnos un poco más...

Nos queda un último escalón a superar, una postrera puerta por abrir: la isla deja ahora paso a todo un archipiélago, un soberbio grupo de galaxias que, combinados siguiendo una coreografía cósmica perfecta, nos enseña el Cosmos a la más alta escala que podemos percibir: el racimo de islas (que algunos denominan *Cúmulo de Hércules*) está dominado por miembros esferoidales, compactas y densas en astros, que parecen presidir el cúmulo y organizar el tinglado galáctico. A su vera aparecen las espirales, graciosas y bien parecidas, que dotan de belleza al sistema, mientras que en ocasiones florecen galaxias de aspecto amorfo, casi deforme, como hijas fallidas de una cópula con progenitores monstruosos. Cada nube de gas y estrellas que forma el grupo tiene tanta materia como nuestra querida Vía Láctea, y es tan prometedora como ella en vida y civilización. Es una lástima que ni sus ecos inteligentes ni sus canciones alcancen nunca la Tierra... O quizá sí algún día... Quién sabe.

Empieza a doler el cuello. Los ojos pierden visión y notamos la espalda agarrotada. Hace frío. Es hora de la cama. Cerramos la hamaca, recogemos los prismáticos y, antes de entrar en casa, la pregunta vuelve, una vez más, insistente: ¿Habrà alguien sobre la arena de un mundo lejano que divise astros y galaxias y medite quién (o qué) se arrincona por allá arriba? ¿Lo hay, o no? ¿Conciencia e inteligencia por doquier o silencio y espacio eternos, vacíos de mentes y pensamientos?

Mientras el misterio queda sin explicar, Hércules se agita en su lecho, sacude su maza y mira al serpentario. Nos dice adiós, y seguimos inseguros. Pero, ya en la cama, damos un paso más y volvemos a nosotros mismos. Entonces, nos preguntamos por última vez la misma cuestión, y sin más, ya sabemos la respuesta.

Alzad vuestras copas, y como dijo el amigo Nietzsche, gritad el eterno "Sí".